

LAS MUJERES Y LA GUERRA



Hernando Gaitán L.

Casi perdida en la referencia geográfica que aún otorgan enciclopedias y diccionarios a algunos sitios y lugares que en remotas edades vivieron un relevante momento histórico, encontramos el nombre de una región de la antigua Asia Menor, a orillas del Mar Egeo: Caria. Existió allí una ciudad, Halicarnaso, que se recuerda - quizás para la eternidad - porque en ella vivió y reinó "Mausolo", de 377 a 353 antes de nuestra era, con su esposa Artemisa II. El monumento funeral de este monarca, a quien circundaría la leyenda de una aureola romántica imperecedera, habría de convertirse por su regia belleza en una de las "Siete Maravillas del Mundo Antiguo". Y como por una especie de dictado, el nombre de "Mausoleo" (Mausolo) designaría para siempre -a partir de entonces- el lugar de reposo final de casi todos los hombres grandes y poderosos. La amantísima reina, para perpetuar el recuerdo del monarca, ordenó erigirle un monumento funeral tan suntuoso, que sus dos nombres no serían ya jamás olvidados. Por virtud de hecho tan maravilloso se hermanaron para siempre la historia y la leyenda. Por inescrutable designio, allí en Halicarnaso, hoy Bodrum, nació también un hombre tan ilustre, Heródoto, que las generaciones que llegaron después, enaltecieron su nombre con el justo título de "Padre de la Historia". Pero otro hombre también habría de aprestigar a Halicarnaso, ocho años antes de nuestra era, el historiador "Dionisio de Halicarnaso", contemporáneo de Augusto y autor de la obra "Arqueología Romana".

Heródoto nació en Halicarnaso probablemente en el año 484 y murió en la misma localidad, poco más o menos en el 425, anteriores a Cristo. Le correspondió así vivir y contemplar el florecimiento de la cultura helénica. Diligente observador e incansable viajero, recorrió la mayor parte del mundo sobre el que habría de escribir después de escuchar o apreciar directamente los orígenes y el desarrollo de las instituciones de su época y oír de labios de sus interlocutores la leyenda transmitida de los tiempos precedentes.

Su historia, fundamentalmente tradicionalista, se nutrió de las más antiguas consejas populares, con los defectos inherentes a esa forma de componer pero con las ventajas derivadas de su misma espontaneidad.

Imaginativo y con alma de poeta, colocado ante el maravilloso mundo del ayer, correspondióle la noble y hermosa tarea de darle vida a un género literario hasta entonces desconocido: la historiografía. Así, de una manera pintoresca en la que se mezclan inevitablemente lo legendario y lo exacto, lo positivo y lo fantástico, el mito y la historia propiamente dicha, se convirtió en el artífice del mayor acontecimiento intelectual de la humanidad, que le permitiría a todas las generaciones venideras, absorberse en el encanto de la lectura de las cosas pasadas y en la solución de incógnitas eternamente vinculadas al destino del hombre.

Por esa ruta, o tal vez más bien por esa trocha, abierta en la selva del pasado, transitarían a la posteridad los historiadores del futuro, hasta llegar algún día a traspasar el umbral de la certidumbre de los hechos acontecidos, pero ya inevitablemente desprovistos del brillo y de la capacidad de imaginar o suscitar que distinguieron al gran maestro de Halicarnaso.

Con arte y primor incomparables dividió su obra en nueve libros asignando cada uno de ellos a cada una de las nueve musas del Parnaso, como fiel discípulo de la prodigiosa imaginación helénica.

Como testimonio de veneración y de respeto y con la certidumbre de que el gran artista de Halicarnaso casi siempre se encaminó a lo cierto, al incorporar a su historia la vigorosa expresión de los testimonios humanos, el tiempo se ha encargado de propiciar que las mayores autoridades de la historiografía moderna hayan por fin acogido como fundamentos y testimonios del pasado, el cuento, la novela, la poesía y las demás expresiones artísticas a manera de fuentes vivas, para interpretar con más realidad los acontecimientos, a que por mucho tiempo no dieron margen la exagerada austeridad y los cánones en ocasiones muy rígidos de los profesionales de la historia.

Fue tanta su capacidad de observación, que para rendir testimonio justiciero a su sutil apreciación de los hechos y fenómenos que debió juzgar sobre el lugar mismo de los acontecimientos, bien vale traer a cuento la conclusión a que llegó después de recorrer un campo de batalla en que dirimieron su poderío militar persas y egipcios. Allí logró deducir valiéndose de su báculo de viajero, que sectores ocuparon durante el encuentro los dos contendientes. Al efecto mientras su guía relataba el curso de la batalla, él golpeó con su báculo uno de los cráneos que blanqueaban bajo el candente sol de Egipto. Por virtud del impacto, uno tras otro se fueron deshaciendo los golpeados, lo que motivó su curiosidad por averiguar lo que ocurriría en el terreno donde supuestamente habían combatido las huestes egipcias. Su inquietud se vio recompensada, cuando al repetir el ensayo el bastón rebotó sobre cada uno de los cráneos elegidos al efecto. Entonces, dirigiéndose a su guía, "razón tienes le dijo, los dos ejércitos, combatieron precisamente en los campos en que tu has señalado". Para justificar tu acierto debo recordarte que los persas solían cubrir su cabeza, poblada de largos cabellos, con su tradicional turbante. en contraste con los

egipcios que llevaban siempre rasurada la cabeza y expuesto así el cráneo a los soles abrasadores del desierto.

En su libro IV, Melpómene, al relatar Heródoto las dos expediciones que emprendieron los persas contra Escitia y la antigua Libia, se ocupa minuciosamente de los distintos pueblos que habitaban la vasta región colindante con el Ponto euxino o Mar Negro. Allí —por primera vez en la historia— se menciona la existencia del "Reino de las Amazonas", sus relaciones con los saurómatas, vecinos de las mismas, y los enfrentamientos de éstas con los griegos. Refiere así mismo, que los escitas las designaban con el nombre de Eorpata, palabra que equivale en griego a Androctonoi (mata hombre), compuesta de Eor, hombre, y Pata, matar.

Con alguna anterioridad los griegos, según el mismo Heródoto, se habían enfrentado a las amazonas en una cruenta batalla a orillas del río Termodonte. Vencedores aquéllos se llevaban en tres navíos cuantas habían logrado hacer prisioneras. Estas, en un momento de descuido se rebelaron contra sus captores, haciendo pedazos a sus guardias. Sin conocimientos náuticos hubieron de dejarse llevar a discreción del viento y de las corrientes, que impulsaron las naves hasta un lugar de la costa cercano a la laguna Meotis, llamado Gremmoi, del dominio de los escitas libres. Descendiendo de las naves se encaminaron a una región habitada, alzándose con una manada de caballos. Montadas en ellos, se internaron talando y robando por tierras de los escitas. Ignorantes éstos de la clase de gentes con que tenían que habérselas, no acertaban a comprender de dónde había surgido aquella manada de bandoleros.

Como hombres belicosos, habituados a la guerra y a las sorpresas que ésta depara a cada instante, y observando que sus nuevos enemigos parecían todos esforzados y de una misma edad, pensaron que en lugar de provocarlos al combate era más conveniente tratar de conocerlos mejor, haciendo en las escaramuzas algunos prisioneros. Cuando los examinaron más de cerca pudieron apreciar que se trataba de mujeres guerreras dotadas de gran vigor y belleza. Parecióles que de ningún modo convenía matar en adelante a ninguna y que lo aconsejable sería enviar sus mancebos hacia ellas en igual número, dándoles orden de que plantando su campo vecino al de sus enemigas fuesen haciendo lo mismo que las viesan hacer, rehuendo refriegas si ellas los acometiesen y regresando cuando las guerreras dejaran de perseguirlos, acampando de nuevo en su proximidad. Su ilusión, después de observarlas por algún tiempo, fue la de poder tener en ellas hijos belicosos.

Cuando las amazonas comprendieron que los jóvenes venían en son de paz y sin ánimo de hostilizarlas, los dejaron en su actitud pacífica, sin ocuparse más de ellos. Estos, al advertir el espíritu conciliador de las guerreras, se fueron aproximando mas de día en día e imitando sus prácticas se dedicaron también a la caza y la pesca.

Solían las amazonas al medio día andar vagando de una en una o por parejas para constituir así una especie de vida social, lo cual observado por los jóvenes escitas fue provocando en ellos su audacia, hasta el punto que uno de ellos se abalanzó silenciosamente hacia una de ellas, que iba sola. Esta no lo esquivó

sino que lo dejó hacer de sí lo que el mancebo quiso. Por señas, ya que no podían entenderse de otro modo, se ingenió el escita para hacerle entender que al día siguiente acudiese al mismo lugar pero que llevase una compañera. Tal como lo había supuesto halló a su amazona de la víspera junto con otra hermosa joven que lo estaban esperando. Establecida así la cordialidad, en muy breve tiempo se generalizó la costumbre, hasta que juntando sus reales vivieron en muy agradable compañía.

Pasado algún tiempo los mancebos escitas, dijeron por fin a las amazonas: "Bien sabéis que nosotros tenemos más lejos a nuestros padres junto con nuestros bienes; basta ya de esta situación; no vivamos así, sino que vámonos de aquí y pasaremos en la compañía de los nuestros, sin que vayais a temer que os dejemos por otras mujeres. Jamás respondieron ellas; a nosotras nos es imposible vivir en compañía de vuestras hembras, pues no tenemos los mismos hábitos, costumbres y crianza que ellas. Nosotros disparamos el arco, lanzamos el dardo, montamos en caballos, y esas habilidades mujeriles de hilar el copo, enhebrar la aguja, atender a los cuidados domésticos, los ignoramos; vuestras mujeres al contrario, nada saben de lo que sabemos nosotras, sino que sentadas en sus carros cubiertos hacen sus labores sin salir a caza ni vagar por parte alguna. Ya véis con ésto que no podríamos avenirnos.

Si queréis obrar con rectitud y estar casados con nosotras, como es justicia y razón, lo que debéis hacer es ir allá a veros con vuestros padres, pedirles que os den la parte legítima de sus bienes, y volviendo después, podríamos vivir aparte, formando nuestros propios aduares.

Ligados ya por tantos vínculos materiales y sentimentales, los jóvenes escitas aceptaron los acuerdos propuestos por las amazonas, y una vez recibidos los bienes que les transfirieron sus padres consintieron también en partir con ellas a varias jornadas de marcha de Tanais, hacia Levante, tras de la laguna Meotis hacia el norte y fijaron allí su vivienda.

Vestidas como hombre, a la vieja usanza, acompañaban a sus maridos a caballo, a la caza y a la guerra. Ninguna doncella se casaba si primero no había dado muerte a alguno de sus enemigos; muchas de ellas por no haber cumplido con esta modalidad, permanecían doncellas sin llegar siquiera a ser matronas.

Otras referencias históricas, de las más variadas fuentes, refieren que antes de vivir con los escitas o sármatas, como oriundas que eran del Cáucaso, recorrían vastas regiones, aventurándose en las más arriesgadas expediciones, hasta cuando trabaron conocimiento con el pueblo de los Gargáreos, con quienes convivían una vez al año. Cuando de estas uniones les nacían hijos o hijas canijos, se los enviaban a los Gargáreos, para que éstos les dieran el trato que estimaran conveniente. A las hijas sanas las educaban varonilmente, adiestrándolas en los ejercicios de la caza, la pesca y la guerra. Eran hermosas, altas, duras de carácter, audaces. Después de haber corrido grandes aventuras a través de su inquieta existencia en sus continuos desplazamientos por las grandes extensiones del Asia, se juntaron como ya hemos dicho con los escitas o Sármatas y fijaron su residencia definitiva en el Ponto Euxino, a orillas del Termodón, cerca de Trebisonda, cuya población principal era Temiscira.

Como sería muy prolija relatar sus extraordinarias aventuras en sus guerras con Teseo, Hércules, Belerofonte y otros grandes héroes, nos limitaremos de ahora en adelante a relatar algunas de las hazañas de sus más célebres reinas.

Las tradiciones de muy diversas fuentes —Heródoto, Homero, Esiodo, Virgilio— hacen referencia a seis de sus reinas principales, por razón de seis grandes acontecimientos. El primero concierne a la incursión que realizaron por Licia, de donde fueron rechazadas por Belerofonte, a instancias del rey Preto de Corinto, quien solicitó su concurso pérfidamente, en la confianza de que sería vencido y humillado por este belicoso pueblo de guerreras famosas; el segundo, consistió en el enfrentamiento que tuvieron con Hércules, bajo el comando de su reina Hipólita, que portaba siempre un precioso ceñidor o cinturón, de insignia real, cuya belleza y virtudes eran famosas en las costas de Capadocia. En asocio de Teseo, Hércules penetró en el reino de las Amazonas y vencieron a las huestes de la reina Hipólita, que a partir de entonces dejó de ser reina y transfirió el ceñidor a su hermana Menalipa, que conservó su libertad a trueque de entregar la insignia a Hércules, quien a su turno la transfirió a Admeta; el tercero, según Homero fue una guerra encarnizada que libraron las Amazonas contra los príncipes frigios que moraban en el Asia Menor, como fervorosos creyentes de Cibele, madre de los dioses. Tras duro batallar aquellas fueron por fin vencidas y debieron regresar a sus dominios en Trebisonda. Un cuarto acontecimiento fue la expedición que en asocio de Hércules realizó Teseo contra las tierras de las Amazonas. En esta fiera lucha el héroe se cubrió de méritos que le fueron recompensados con la entrega que le hicieron de la cautiva reina Antiope. Una vez concluida la guerra, Teseo se trasladó con Antiope a Nicea en Bitinia. Allí su extraordinaria belleza infundió terrible amor en un joven ateniense que las había acompañado en la expedición. Este heroico guerrero al no lograr sus propósitos, se dio así mismo la muerte, y Teseo que lo amaba entrañablemente, dio su nombre a un río y levantó en sus orillas la ciudad de Pitópolis, en honor del dios Apolo. Voluble, como siempre, Teseo abandonó a Antiope para casarse con Fedra, lo que provocó la venganza de las Amazonas que invadieron el Atica y se apoderaron de Atenas. Al fin fueron vencidas a costa de mucha sangre. En Megara se alzaba una tumba donde fueron sepultadas varias de estas heroicas guerreras, muertas a manos de los soldados griegos. Un quinto hecho que puso muy en alto el valor de las Amazonas fue la alianza que celebraron con los troyanos cuando éstos fueron invadidos por los griegos para recuperar a la sin par Helena, robada por Paris al rey de Esparta, Menelao. La heroica reina Penthesilea al frente de sus guerreros atacó impetuosamente a los griegos, sitiadores de Troya. Haciendo prodigios de valor se enfrentó a Aquiles, el de los pies ligeros, quien le dio muerte tras duro encuentro frente a Ilión. Era tal su belleza que el héroe griego lloró al contemplar su juventud y hermosura. Este pueblo altivo y belicoso también realizó otros hechos que les hizo cobrar fama y prestigio que pasarían a las páginas gloriosas de la historia. La sexta hazaña que lograron y que dejó imperecedero renombre fue su expedición contra la isla de Leuca en el Ponto Euxino. Y ya para cerrar sus extraordinarias ejecutorias, no se puede pasar por alto el encuentro que tuvieron la reina Telespina y Alejandro de Macedonia, según la jugosa historia que compuso el cronista Onesicrito. Este dejó consignado en su crónica sobre las conquistas de Alejandro, que la famosa reina, a cuyos oídos llegó la nueva de los prodigiosos hechos del gran conquistador, le envió un mensaje comunicándole que se

reuniría con él en la frontera de sus prados, para pasar una noche juntos y concebir un hijo que perpetuara la gloria del célebre macedón y la belleza sin igual de la reina de las Amazonas. Este maravilloso encuentro no se olvidó jamás y se asoció a otro hecho por demás extraordinario que registraron los futuros historiadores. Según ellos, precisamente entonces Alejandro fue tal vez uno de los primeros hombres de occidente que palpó y reconoció la importancia del petróleo. Varios cronistas, al asociar los dos acontecimientos consignaron que el conquistador, durante su viaje a Iskander ordenó construir una muralla para contener a los difíciles escitas, la que impregnó, para hacer más impresionante esta fortaleza, de petróleo, que al arder daba mayor vigor a sus propósitos defensivos. Consta también en las crónicas de entonces que mientras el hijo de Filipo estuvo en Bactriana, observó petróleo nuevamente. Al efecto, según ellos, una vez que su tienda fue plantada junto a una laguna de un aceite traslúcido, observó que salía de la tierra a manera de un manantial de agua. Los adivinos iraníes dedujeron de aquello augurios favorables. Aquí termina, en beneficio de la brevedad de esta reseña histórico mitológica, el mundo maravilloso de las Amazonas de Europa y Asia. Pero como su existencia no sólo fue tenida en cuenta por los cronistas e historiadores de estas zonas del mundo, sino que se extendió a América, el Nuevo Continente y dio su nombre al mayor río del planeta, el Amazonas o Río Mar, registramos a continuación lo que vieron u oyeron grandes viajeros y descubridores de tierras: un auténtico hombre, don Francisco de Orellana, oriundo de la recia y aventurera España, tuvo la gloria de descubrir para españoles, portugueses y el resto del mundo de los siglos XV y XVI la inmensa corriente de agua.

Tomando de nuestro ensayo anterior "Bajo el signo de la Cruz y la Espada", lo relacionado con la egregia personalidad de Orellana, apenas lo indispensable para juzgar lo que fueran en la América Meridional las Amazonas, noticiamos que el gran descubridor, villano como Pizarro, y de baja condición, estuvo como aquel relacionado íntimamente con aquellos animales de vista baja, que Cervantes no quería nombrar. Su figura es poco conocida y sus biógrafos hubieron de apelar posiblemente a un poco de fantasía para contornear su estampa de caudillo y su inconmensurable ambición. Al respecto dice don Ricardo Majó Framis el notable biógrafo español: "Era, sí, un gerifalte más del natal nido, que iba a volar hacia donde el vuelo no señala exactos meridianos..." "Orellana vinculará su nombre, porque él absorbe el de todos sus compañeros, a la más asombrosa, dramática y portentosa realización, nunca antes cumplida en el siglo de los descubrimientos". Prosiguiendo con el relato del documento aludido, "Orellana y sus hombres pernoctaron algunos días hasta cuando los indígenas se avinieron a platicar con aquel, que durante su vida en el Ecuador se había familiarizado con varias lenguas semejantes a las que practicaban estos nativos. Por ellos se enteraron de muchas cosas y por primera vez oyeron hablar de las belicosas Amazonas, que darían su nombre al "Río Mar", que se estaba formando a la vista de los españoles con cada corriente que se incorporaba al Napo. En pos de estos seres mitológicos irían Orellana y sus hombres como atraídos por poderoso remolino, semejante a los que veían formarse a su alrededor. Esta hermosa leyenda vivía en la mente de todos los naturales que encontraron en su largo devenir hacia el fin del río y su muerte en el Mar Atlante... Era pues necesario triunfar y vencer los últimos obstáculos que se interponían en su camino. Tales eran

los pensamientos que asaltaban la mente del inquieto y ambicioso Orellana, un día cualquiera de su continuo batallar, cuando algo inesperado vino a sacarlo de sus cavilaciones. El mito y la leyenda de las Amazonas se había hecho realidad en aquel momento y la impresión que provocaría su aparición, la dejamos a la pluma del cronista: "Estas mujeres son muy blancas y altas, y tienen muy largo el cabello y entrensado y revuelto a la cabeza, y son muy membrudas y andan desnudas en cueros, tapadas sus vergüenzas con sus arcos y flechas en las manos..." "Más adelante pondera su habilidad para el combate y el arrojo y admiración que su sola presencia provocaba en los indios que servían bajo su mando. Dura fue la lucha y estuvo a punto de consumir la ruina de los españoles; muchos allí fueron los heridos, pero al fin los ballesteros de Orellana dieron cuenta de las doce Amazonas que intervinieron en la refriega, lo que provocó la desbandada de la indiada, que se perdió en la fronda de los bosques cercanos. Rápidamente, el capitán, ante el temor de que se reagruparan las huestes enemigas, ordenó que continuara la marcha para alejarse del lugar del encuentro".

Así termina la crónica sobre el encuentro de Orellana con las Amazonas, incluido como ya se dijo, en el ensayo "Bajo el signo de la Cruz y la Espada".

Viene enseguida lo que sobre las Amazonas escuchó en su viaje por el "Río Mar" el Académico francés señor de la Condamine, en el siglo XVIII, cuando después de haber fijado el meridiano en el Ecuador, por disposición del rey Luis XV, se aventuró por las aguas de la inmensa corriente hasta llegar a su desembocadura en el Océano Atlántico.

Como en la anterior reseña, sólo tomaremos de nuestro ensayo, "Lo Raro en la Historia", lo que concierne exclusivamente a las Amazonas: "Después de San Pablo, prosiguiendo por la hondura del gran valle lineal que ha forjado al Amazonas, presencia la llegada de más ríos, henchidos, gigantescos, que avanzan incontenibles por la región más fluvial del planeta. Estos ríos tienen nombres raros y sonoros, Yutay, Yurakca, Tefé, Coari, que vienen del sur; Putumayo o Iza y Yupara o Caquetá, por el norte. Ellos, entre otros, porque las corrientes que afluyen al gran valle son incontables. La Condamine y Maldonado se sumergen de lleno en la leyenda de las Amazonas, en el mito del Dorado que embargó a Orellana y a tantos españoles y alemanes. Dialogan con los caciques de las muchas tribus que hallan en su recorrido. Ellos les hablan de la existencia de un extraño reino feminista, del país de Aparia y del país de los Comapuyaras, que quiere decir "Grandes Señoras". La Condamine ha recogido la leyenda viva, la voz oral, que todavía en su tiempo divagaba por las riberas del río".

Ya de regreso a París, al escribir los apuntamientos sobre la "Relación", leída por él en 1745 ante los académicos de ciencia de la "Ciudad Luz", recuerda con nostalgia los ríos de la distante América Central y las voces recordatorias de los caciques sobre la encantadora leyenda de las Amazonas.

OBRAS CONSULTADAS

Heródoto - Historias • Homero - La Ilíada • Virgilio - La Eneida • Emil Longjel - Turquía y su pueblo

Editorial Claridad - Buenos Aires. • Majo Framis - Conquistadores y Navegantes Ediciones Aguilár.
